

Lautaro Yankas

## Hermana sueño

### I.—LOS ÁLAMOS

**E**L amanecer nítido enjugó friamente la última estrella-lágrima. Sobre el campo verdoso, las sombras escurridizas. El flojo cerco de los cerros.

Apenas difundida en la alta oquedad despierta la primera mancha de cobalto, el aire, en el afán de jugar a los horizontes y robar alguna pequeña onda azul, cargó alborozado contra la alameda gigante que entraba en el fundo desde el camino público. Fué la unida legión de brisillas de la primera alegría al sentir que el sol está vivo, el viejo sol, y subirá pronto. Los álamos balbucieron aun dormidos, en sus estrechas paralelas rígidas y quietas, blandos murallones. Y, sobrecogidos, seniles y trémulos, despertaron, balbuciendo aquello mismo: una dicha que era pavor. Siempre la bandada juguetona los encontraba dormidos, en empaque mustio. Pero ellos, simples y humildes, y hasta tocados de bondad, no se hubieran rebelado. ¿Con qué valor?

—¡Vaya!... Qué bromita, criaturas. Alegres, muy alegres, las brisillas. Buenos días... Ya estamos despiertos... Buenos días.

Uniformados de sombrío verdor, hacen ligeras inclinaciones con sus copas a las brisillas curiosas y rientes. Pero ya huye la alada legión y se reparte hacia los horizontes, porque es la hora del aventurado juego. Los álamos, sin embargo, piensan que las entretienen aún entre ellos, y les murmuran:

—Ustedes, criaturitas, ¿no esperan al Sol?

Pero luego callan. Su estirada vejez es medio insensible en la primera hora de su despertar. Al fin sospechan que están solos. Estrechos y altos—podridos lanzones apretujados y flojos, desde el gran camino hasta la franquera interior,—los álamos aguardan con sumisión igual y uniforme el claro derrame dorado que pondrá en todo ser una vívida dulzura.

Los hombres los saben indistintos y débiles, vulgares y engañosamente erguidos en sus troncos, lamida suavidad gris. Sus formas, sin un capricho, lejos desmesuradamente de aquella agigantada soberbia de los robles que amenazan al cielo con su greña fina, y de la gracia enhiesta de los coigües de cumbre dispersa. Los hombres los enfilan, los juntan en las llanadas, y los peores vientos se divierten con ellos, los humillan, les hincan el terror, los tronchan, los desgarran.

El álamo que bastardea en la falda o la quebrada, muere de soledad. No es fácil que se crispe alguna vez, si la savia corre y se levanta, fiera de fatalismo, a henchir su tronco harapiento y lastimoso, y su mezquina ramazón estirada. El álamo no ruge, no puede; gime o murmura, es todo. Sólo desea que lo dejen vivir... ¿Pero cómo decirlo? Es el sordo, el prístino deseo. Y confesarlo sería tentar a lo inesperado!... He ahí, pues, el terror. Los álamos tienen cada noche un sueño negro en que escarabajean horribles sorpresas.

La legión que se prepara a aventurar los sobresalta de muerte en el despertar, día a día...

## 2. —HERMANITA RADIANTE

El sol al ras de los cerros. Las mil puntitas de oro de los álamos. Neutra claridad, abajo; el sombrío uniforme de la alameda.

Las ágiles vecinas comenzaban a mirar aquella hojita aun dormida al extremo de la frondosa varilla apuntada a lo alto. Conmovíalas el profundo sueño la viva palidez que manchaba

su afinada punta. Habíanla distinguido siempre con ligera insolencia de seres bien nutridos, sanos y perfectos. Era debilucha, aunque su gracia, bajo un rayo de sol, ninguna hermana pudiera alcanzarla, por sutil que fuera la onda en que mecerse.

—¡Hermana sueño!—gritó la más próxima.

Así la llamaban desde un día en que el sol estuvo cerca de sorprenderla insensible y pesando, rociada por la ventisca reciente, en el fino peciolo. Desde ese día, la hermana Sueño salía de su letargo sólo en el instante de recibir el primer toque de sol.

El grito de la hermana próxima fué luego de todas, primero risueño y burlón.

—Hermanita Sueño... Hermanita remolona.

Pero su palidez las aterró y fácilmente redoblaron el llamado, pues querían saber... ¿qué?; ansiaban tenerla con ellas en la jubilosa espera matinal. Ráfagas.

—¡Hermana Sueño!—fué el clamor.

Se estremeció la pequeña, temerosa. Las hojas, en ansia, notaron que el despertar era lánguido y que ninguna, ninguna otra sino ella perdiera el firme y bruñido verdor donde el aire dorado deshacía su oleaje de fulguraciones. La luz bajaba por los álamos, queda—su pompa sideral e impasible,—y los millones de hojas temblaban en el milagroso baño, joyantes y medrosas.

La hoja vieja, donairosa aún, aprovechó su vaivén para asomarse al interior de la alameda. Buscó en vano otro tachón de oro. No pudo, entonces, callar un segundo más.

—La hermana Sueño está perdida—dijo con fuerza; y majestuosa se inclinó en la quietud mullida que dejara un golpe-cillo de viento.

Las demás, abismadas:

—¿Está perdida?

—Condenada a morir—explicó la mayor.—Todavía no somos viejas y nuestro padre es fuerte. ¿Ustedes no creen? Yo digo que la pequeña no debe morir. ¿Qué dicen, criaturas?, ¿qué murmuran?

—La hermana Sueño estará enferma un poquito, nada más—  
gimió otra, esbelta, con sosiego.— ¿No puede haberla pinchado  
algún elemento travieso? Ella no morirá. Nuestra muerte aun  
está distante. Pasará el verano, y entonces...

—¡Cómo charlas!—gritó la mayor—. Olvidémonos de nosotras,  
y a saber qué tiene la hermanita!

—¿Será enfermedad?

—No; es un misterio. No conocemos otra cosa que nuestro  
verdor, grato al Sol. Somos felices; pero, en verdad, aquello  
que no nos explicamos ha de amedrentarnos.

—Somos sencillas y felices. No temamos, que lo de nues-  
tra pequeña será sin duda algo de vida, de más vida, y no de  
muerte o de mal.

—Sí, esperemos. Hermana Sueño ha despertado, es cierto,  
muy triste. Esperemos. Ya el Sol nos alcanza.

—¡El Sol ¡el Sol!—en murmullo fervoroso.

La pompa y gracia del sol. Las hojas—sus caricias—atur-  
diéndose más y más. Posesión honda y trágica de los seres  
sencillos. Hermana Sueño balbuce sonriente y olvidada. Ella va  
a morir; lo sabe y sabe también el porqué. Además lo mez-  
quino de su materia, en eterna languidez junto a la dicha cons-  
tante de sus robustas hermanitas, ha tocado su sentido de la  
muerte, apenas naciera. Es la más débil, pero esta luz neutra  
de su vida la serena progresivamente de todo terror.

—El Sol te anima, pequeña—acudió la mayor.

Y las otras:

—¡Sí, estás alegre!

—¡Y graciosa, más que otros días!

—Esa palidez te llena de luz. ¡Miren niñas, está bella!

—¡Oh! ¿por qué?

—Ah, yo tenía razón. Esperemos, les decía. Pues, mirenla.  
Está claro que eso es cosa de la vida. Porque a ver, ¿qué es  
la muerte?

—¿La muerte?, ¿la muerte?... Yo tengo miedo a la muerte,  
como nuestro padre el álamo, y como él yo no sé qué guarda  
esa espantosa palabra. ¿Y la vida?

—Bah! la vida! Yo siento la vida. ¿Y el Sol?

—Yo siento el Sol. La, la, la, laaa...

—El Sol... el Sol—murmuran en quietud; y de súbito todas se inclinan en el aire aplumado por brisas que llegan y huyen. La viva oquedad celeste. Tierra intensa de primavera.

En la quietud, la hermana Sueño fija su sonrisa de oro y canta quedo:

—Voy a morir, hermanas.

—¡Local... ¡Hermana Sueño! tú vives vida de belleza. ¿Oyes? Tú sabes lo que es eso. Estás creada de una nada de materia y de mucha luz. Te amamos porque eres tierna y grácil y tienes la única belleza. ¡Eres sólo tú!

—Locas—sonríe la pequeña.—Son sencillas ustedes y tienen la vida pura. ¿Para qué sirve la belleza si lo demás se ha descuidado? *Los seres sencillos y aquellos profundos y grandes se entregan, y aún saben pedir la muerte.* Ustedes no la temerán.

—Maravillosa hermanita—cuchicheó una a su vecina.

—Es la hermana radiante. ¿Dice que los sencillos y los genios?...

—Eso dice. Es la verdad.

—Es la belleza, primero.

—Pequeñita, joya de Sol—dice la mayor—, dime si ayer el Dios te encontró dormida, porque, cierto es, nosotras no te despertamos; ¿recuerdas?

—Sí; el Sol me halló dormida, hermana.

Silencio. Al pie—luz—de los álamos, el potrero.

—Tuve un sueño, hermanita, y por él sé que eso es la muerte. El Sol toca de muerte a aquella que no lo aguarda despierta y ferviente... ¿Este sueño lo tuve porque ibas a morir?

La pequeña Sueño, iluminada y grácil, es leve llama de oro danzando en el vago abismo del aire. Llegó, quién sabe de dónde, una ráfaga fresca que dobló la inmensa alameda al Sol. La pequeña oyó en su ser ya tenue, un como lejano chasquido.

Desprendida, picó un segundo en el aire y quedó meciéndose a distancia.—Sus hermanas: la mudez del ansia desconocida.— Bajó sin apremio en el suave abismo, juguetona de gracia y de luz. Su sonrisa clavada al Sol.